

IGLESIA Y POLÍTICA: EL VÍNCULO ENTRE LA INSTITUCIÓN Y LAS DICTADURAS EN CHILE Y ARGENTINA

Guillermo Marín*

Presentación

Este trabajo pretende examinar –mediante revisión bibliográfica– el rol que cumplieron las Iglesias católicas chilena y argentina en el periodo de gobiernos autoritarios de la década de los ochenta. Se examinarán diversos textos en donde se da cuenta de las posturas de estas instituciones, intentando reconstruir cierto discurso en torno al apoyo o no a las élites-cívico militares en el poder.

A través de la revisión se reflexionará sobre tres temas: 1) el rol de la Iglesia como actor público; 2) las diferencias en las posturas de las instituciones; y 3) las repercusiones de sus posturas en la actualidad y rol de la Iglesia en torno a los DD.HH. Para este cometido este trabajo se dividirá en tres partes: 1) La Iglesia y su rol público; 2) La presentación de los casos; y 3) reflexiones en torno a las posturas que se observarán de ambas instituciones.

Es necesario mencionar que la selección de casos corresponde a un interés arbitrario del autor por contraponer las posturas, a través de la hipótesis de que existen diferencias marcadas entre una postura y otra. De la comparación se espera dar cuenta de que

Iglesia católica, a pesar de ser una institución jerárquica, con una construcción dogmática centralizada y de gran tradición, cuenta con diferencias en sus formas de abordar procesos y que depende de las circunstancias históricas, de juegos políticos y de posturas propias de sus élites, las decisiones que se toman en torno a definiciones de temas controversiales.

* Cientista Político de la Universidad Alberto Hurtado

Iglesia y política

Parece innegable que la Iglesia como institución ha tenido una función relevante en vastos procesos de cambio sociopolítico. Esta posición de influencia guarda relación con su tradición de vocación de poder y de vínculo con los Estados-nación. A través de la historia –tal como analiza Esquivel– las pretensiones totalizantes de la Iglesia Católica la llevaron entablar un diálogo privilegiado con el Estado, a ocupar parte de sus estructuras para desde allí, extender los principios de su doctrina al conjunto de la sociedad (Esquivel, 2000).

Desde punto de vista teológico la participación de la Iglesia en el espacio político se justifica a través de su forma de legitimación. Esta no se legitima socialmente, funcionalmente o democráticamente, sino que religiosamente. Su tarea y misión es anunciar el Evangelio del Reino de Dios. El servicio al hombre se orienta más que nada a la salvación escatológica del alma. Pero el hombre visto por la antropología cristiana es una unidad inseparable de alma y cuerpo. De allí que la salvación escatológica y el bien físico intramundano tampoco son separables. La Iglesia quiere servir a todo el hombre y por eso participa en el proceso político (Strassner, 2006, pág. 77).

Tomando en cuenta estos elementos, es posible afirmar que sus posturas con respecto a ciertos procesos han variado dependiendo de los escenarios en los que se ha visto envuelta. Se podría presumir, por su estructura organizacional vertical, que al interior de la iglesia existe solo una línea de opinión y acción. Sin embargo, la historia ha demostrado que al igual que cualquier organización humana al interior de la Iglesia existen posiciones divergentes y contrapuestas. Existen, además, una gran cantidad de carismas, ordenes, congregaciones las cuales tienen características, tradiciones, posturas, diferentes lo que hace a la Iglesia una organización heterogénea.

Para efectos del análisis es relevante mencionar que nuestra alusión al comportamiento de la Iglesia Católica, tendrá relación estrictamente con el accionar de su jerarquía, dejando a un lado las concepciones y prácticas de otros actores dentro del catolicismo. Este abordaje responde a un criterio analítico pero no contradice la existencia de varios catolicismos o de un “catolicismo en plural” (Poulat, 1997).

Sin embargo, es necesario tener en cuenta que en el Iglesia han existido disputas internas por hegemonizar posturas y conducción eclesial.

Encontraremos a jesuitas, maronitas y franciscanos en un comienzo; a católicos sociales, integrales, conciliadores o intransigentes más adelante; conservadores o pos-conciliares, partidarios de la Teología de la Liberación en los últimos tiempos; adeptos a la Renovación Carismática o renovadores en la Opción por los Pobres en la actualidad, que en conjunto, conforman el amplio mapa de la diversidad católica. Como institución compleja, la Iglesia es un espacio social en el que no cesan de confrontarse discursos desiguales que compiten entre sí (Esquivel, 2000, pág. 1).

De esta manera –a través de esta heterogeneidad- la Iglesia ha actuado e influido en procesos políticos de gran relevancia en nuestra región latinoamericana. Por lo tanto, las posturas y formas de abordar los procesos han sido diversas. Caso insigne de esta multiplicidad de posturas que tuvo la iglesia como actor político se da desde los años 70' en América Latina. Por un lado, algunos personeros de la Iglesia fueron pie de apoyo de golpes militares y sus respectivas dictaduras. Mientras que otros estuvieron junto a grupos políticos de izquierda, en la tarea de la promoción y defensa de los Derechos Humanos y la restauración de la democracia. Otros fueron aún más radicales y dieron una fuerte lucha política por el derrocamiento del régimen.

Tal como analiza Strassner, la Iglesia, a través de la difusión de informaciones sobre el país a nivel nacional e internacional por sus propios medios de comunicación, la Iglesia puede ejercer presión sobre el gobierno autoritario. Dadas las condiciones, la Iglesia puede contribuir a la movilización o desmovilización de la población. Por ser la Iglesia una institución bien definida en cuanto a sus recursos personales, materiales y de organización, puede jugar un rol central si la sociedad civil está desarticulada e inactiva (Strassner, 2006).

El autor describe la importancia de la Iglesia como actor al interior del sistema político. Su importancia se encuentra relacionada por la legitimidad que posee en las personas y organizaciones sociales ligadas religiosamente a ella. Es decir, a través de su trabajo pastoral logra tener grandes bases de apoyo que pueden ser llamadas a movilizarse por ciertos temas. Además, cuenta con gran poder de veto por su influencia en medios de comunicación y por contar con el apoyo de sectores de las élites sociales.

De esta manera se transforma en un actor que bajo ciertas circunstancias usa este poder al interior del sistema político para estabilizar o desestabilizarlo. El tema es ¿cuándo hacer qué? ¿Cuándo es pertinente intervenir? y al hacerlo ¿a quién y qué se defenderá? Son preguntas con respuesta donde la fe, la doctrina y las posiciones personales intervienen en las posturas tomadas por esta

institución.

Caso argentino

El 24 de Marzo del año 1976 las Fuerzas Armadas argentinas dan un golpe de estado rompiendo así con la legalidad democrática del sistema político. Con este episodio se terminaba con un ciclo de polarización social y política en este país. Era la sexta vez además, que los militares se tomaban el poder del Estado mediante acciones violentas. Como en todos los gobiernos autoritarios los poderes se concentraron en las tres ramas de las fuerzas armadas. Las libertades personales se redujeron, existió persecución hacia los opositores al régimen, trasgrediendo con esto los Derechos Humanos e incurriendo en actos de violencia extrema por parte del Estado.

Para comenzar a observar el discurso elaborado por la Iglesia argentina tras este episodio analizaremos el análisis de Mignone, quien trabajó reconstruyendo las declaraciones de los líderes eclesiásticos de aquel momento.

“Las cabezas del episcopado católico - Tortalo, Aramburu, Primatesta-, no podían desconocer los planes de las fuerzas armadas. La noche previa al pronunciamiento dos de los jefes de la conspiración -el general Jorge Videla y el almirante Emilio Massera-, se reunieron con la jerarquía eclesiástica en la sede de la Conferencia Episcopal, ubicada en Paraguay 1867 de la capital federal. El mismo día del golpe de Estado los integrantes de la junta militar - Videla, Massera y Agosti-, mantuvieron una larga sesión con monseñor Adolfo Tortolo, arzobispo de Paraná, vicario castrense y presidente de la Conferencia Episcopal argentina” (Mignone, 1986).

En este relato es posible evidenciar dos aspectos relevantes. En primer lugar, que la Iglesia -como se mencionó anteriormente- cuenta con redes de influencia las cuales se activan cuando esta necesita influir a favor o en contra de cierto proceso político. En segundo lugar, es posible apreciar en el relato que existe una clara vinculación de elite católica argentina con los líderes de las fuerzas armadas. “Su actitud fue de adhesión a la dictadura militar, que a cada paso se declaraba "cristiana", a la que consideraban indispensable para defender al país del comunismo (Mignone, 1986).

La Iglesia argentina, en su esfuerzo por hacer retroceder las ideas marxistas que estaban influyendo en parte del movimiento obrero y estudiantil, establecieron cierta alianza política con los militares. Incluso antes del golpe, se mostró contraria a las ideas de izquierda surgidas desde los movimientos

sociales en toda la región latinoamericana. En este país -de hecho- se crea una organización terrorista de ultraderecha la tiple A (AAA)¹ la cual contaba con el apoyo de sectores católicos ultra-conservadores.

Un tema controversial en estos procesos políticos es el de los Derechos Humanos. Si bien, la Iglesia en gran parte de América Latina abogó por la defensa de ellos y por construir caminos por la vía pacífica al derrocamiento de los gobiernos autoritarios, en Argentina –tal como menciona Mignone- se produjo cierta lucha al interior de la élite dirigencial, en la que ganaron las posturas más conservadoras.

“Presionado por las denuncias de las víctimas, el episcopado emitió en 1977 documentos doctrinarios donde expone, con dudas, los hechos - sin señalar a los responsables-, y reseña la doctrina cristiana en defensa de la dignidad de la persona humana. Pero por su carácter genérico, en la mayoría de los casos o secreto, en otros, estas presentaciones en nada modificaron la situación. La irritación de la dictadura se diluyó en algunos almuerzos del comité ejecutivo de la Conferencia Episcopal con el general Videla y nada pasó” (Mignone, 1986).

La valoración hecha por Mignone da cuenta de las presunciones e hipótesis enunciadas en la presentación de este trabajo, bajo de perspectiva del autor, están en lo correcto. Ahora, es relevante mencionar que en la revisión de textos fue posible encontrar ciertos casos donde la Iglesia tuvo posturas diferentes a la mayoritaria. Como la de monseñor Nevares, que es reconocida por el crítico autor.

“La Iglesia argentina, en cambio, padece de un episcopado con líderes de una notoria ignorancia teológica, mediocres y débiles, meros burócratas que viven aislados de las vivencias intelectuales del mundo contemporáneo. La actitud por ellos expresada obtuvo la adhesión de la mayoría compuesta por obispos de provincia formados en la ideología antes mencionada. Cuando monseñor Nevares propuso en una asamblea episcopal la creación de un órgano eclesial destinado a la defensa de los derechos humanos conculcados, la moción fue rechazada por gran mayoría. Su acción quedó entonces reducida a su lejana diócesis de Neuquén” (Mignone, 1986, pág. 7)

En resumen, la Iglesia argentina, tal cómo se mencionó en un principio, tuvo fuertes luchas internas en torno a las posturas que debían tener frente al

¹ Fue un grupo parapolicial de extrema derecha de la Argentina, que llevó a cabo cientos de asesinatos contra guerrilleros y políticos de izquierda durante la década de 1970, además de amenazar a artistas e intelectuales.

tema de los Derechos Humanos y la violencia. Sin embargo, en esas luchas lograron convertirse en hegemónicas las que estaban cerca de los militares. Esta situación se vincula a cierta tradición de la Iglesia argentina de relación con sectores anticomunistas en su lucha contra el ateísmo y las ideas marxistas. Lamentablemente esta situación llevó a la Iglesia tener desprestigio frente a sectores populares, vinculados a ideas de izquierda en ese país (Esquivel, 2000).

Caso chileno

Al igual que en el caso argentino, Chile tras un periodo de intensa polarización social y política, que se venía construyendo desde los años 30 con la emergencia de diferentes movimientos sociales de trabajadores ligados a las ideas de izquierda socialista y comunista, se produce una ruptura del sistema político con la intervención militar acontecida durante el tercer año del gobierno de la Unidad Popular encabezado por el socialista Salvador Allende. Al igual que en todas las dictaduras militares latinoamericanas, los poderes del Estado se concentran en la junta militar, se cierra el congreso, se prohíben los partidos políticos, las reuniones públicas y para hacer cumplir todo esto: el peso del Estado sobre los opositores.

Sin embargo, la Iglesia Chilena durante todo el proceso de polarización social cumplió un rol que dista bastante de lo hecho por la Argentina. El rol de Alberto Hurtado como defensor de los pobres, de los trabajadores, de los excluidos marcó la pauta para lo que se venía. Sectores de la Iglesia Chilena durante el gobierno de Allende tuvieron fuertes vínculos con organizaciones de izquierda. Se fundó –de hecho– una organización de laicos y religiosos llamada “Cristianos por el socialismo” la que se nutría de las ideas latinoamericanas de la teología de la liberación. Los partidos políticos chilenos también se nutrían de las ideas cristianas más “progresistas”. La izquierda Cristiana y el MAPU, movimientos políticos escindidos de la Democracia Cristiana Chilena, se fundan con bases cristianas por lo que tenían una fuerte influencia de la iglesia.

En el documento Evangelio, Política y Socialismos, la Iglesia, a través de sus obispos declaraba:

“Esta dedicación preferente a los pobres obliga a los cristianos a plantearse una segunda pregunta: la del cambio de nuestro sistema socio-económico. Es una pregunta seria, y de la cual ninguno de nosotros puede dispensarse. Si de verdad amamos a los pobres, este amor debe mostrarse eficazmente liberador y traducirse en la superación audaz y profunda de todas

aquellas estructuras injustas que actualmente oprimen a gran parte de nuestro pueblo y que aparecen como causa de marginación y miseria. Es esa situación inhumana de marginación y de miseria en que viven miles de chilenos, la que concede a la pregunta por el sistema socio-económico y por la opción política de los cristianos su carácter de dramática urgencia”.

A pesar de esto, no toda la iglesia chilena tenía estas ideas. También al interior de ella existían sectores que criticaban las ideas “marxistas” por su carácter ateo y contrario a la religión. Estos sectores al igual que en Argentina tuvieron un intenso vínculo con el golpe militar y la dictadura.

Tras el golpe militar de Septiembre del 73, la Iglesia mostró diferentes reacciones. Por un lado, miraban el golpe, como un llamado al orden y la cordura, tras los episodios de violencia social, inestabilidad macroeconómica y política, en el gobierno de la UP. Es por eso que se declara en documento del Comité Permanente del Episcopado, el 12 de Septiembre de ese año que “La cordura y el patriotismo de los chilenos, unidos a la tradición de democracia y de humanismo de nuestras Fuerzas Armadas, permitirán que Chile pueda volver muy luego a la normalidad institucional, como lo han prometido los mismos integrantes de la Junta de Gobierno y reiniciar su camino de progreso en la Paz².”

En esta cita es posible apreciar que la postura de la Iglesia en ese contexto se mantuvo del lado del orden, es decir, valoró el ejercicio de violencia de las FF.AA. como un proceso donde su objetivo principal era el retorno a la institucionalidad democrática y el orden social. De esta forma -tal como dice Gaete- alabó el "sacrificio de los militares al salvar Chile", consignando que "el esfuerzo que hacen quienes nos gobiernan por unir a los chilenos y por levantar al país de la prostración en que lo dejó sumido el marxismo-leninismo, se aplaude con cariño". (Gaete, 2013).

Si bien en los primeros años del régimen la Iglesia se muestra cercana al gobierno militar, en 1976 con la creación de la Vicaría de la Solidaridad, la Iglesia asumen un nuevo rol en torno a la protección de los Derechos Humanos y la denuncia de situaciones que involucraban violencia política. En el documento “Asumir la huella del buen samaritano” la Vicaría declara que su misión es asumir con fidelidad la misión esencial de la Iglesia: anunciar la buena noticia a los pobres; a los perseguidos; a los que sufren; a todos los hombres que se sienten desplazados de la sociedad les diremos que Dios se preocupa realmente de ellos³.

² Cita extraída de la página web oficial de la Iglesia en Chile: iglesia.cl

³ Cita extraída de la página web de la Vicaría <http://www.archivovicaria.cl/>

Con la Vicaría como instrumento político y de protección de los DD.HH. vinculó a la Iglesia a un rol activo en materia de denuncia en estos años. La Iglesia asume un rol político, como espacio de reunión, de protección y aportando su interpretación acerca de cómo superar la violencia con medidas pacíficas. De esta forma se acerca a sectores políticos de la oposición al régimen y genera redes que le permiten contar con una amplia legitimidad y credibilidad social.

En el documento *La Reconciliación en Chile de la Conferencia Episcopal de Chile* se expone lo antes mencionado:

"Nos preocupa, en primer lugar, un clima de inseguridad y de temor, cuya raíz creemos encontrarla en las delaciones, en los falsos rumores y en la falta de participación y de información.

Nos preocupan también las dimensiones sociales de la situación económica actual, entre las cuales se podrían señalar el aumento de la cesantía y los despidos arbitrarios o por razones ideológicas (...).

Nos preocupa, finalmente, en algunos casos, la falta de resguardos jurídicos eficaces para la seguridad personal que se traducen en detenciones arbitrarias o excesivamente prolongadas en que ni los afectados ni sus familiares saben los cargos concretos que las motivan; en interrogatorios con apremios físicos o morales; en limitación de las posibilidades de defensa jurídica (...).

Comprendemos que circunstancias particulares pueden justificar la suspensión transitoria del ejercicio de algunos derechos civiles. Pero hay derechos que tocan la dignidad misma de la persona humana, y ellos son absolutos e inviolables. La Iglesia debe ser la voz de todos y especialmente de los que no tienen voz"⁴.

A diferencia de Argentina, en Chile la Iglesia asumió un rol de denuncia y promoción de los Derechos Humanos y la dignidad. Tuvo un rol activo en actos de protección de personas perseguidas por el régimen militar. Contribuyó al diálogo entre la oposición y el gobierno de Pinochet. En ese marco el Cardenal Raúl Silva Henríquez, conocido también como El cardenal del pueblo desempeñó una tarea incansable en estas materias.

Teniendo en cuenta estos antecedentes es posible afirmar que la Iglesia chilena –en su generalidad– actuó con mucha coherencia, ya que en los años

⁴ Cita extraída del trabajo de Veit Strassner: *La Iglesia chilena desde 1973 a 1993: De buenos samaritanos, antiguos contrahentes y nuevos aliados. Un análisis politológico.*

críticos de la dictadura militar, su compromiso por la democracia y los derechos humanos fue ejemplar, sobre todo porque entonces vio a menudo sus metas trascendentes e inmanentes en peligro (Strassner, 2006).

Reflexiones finales

Las situaciones expuestas en los párrafos anteriores dan cuenta de un complejo proceso de definiciones hecho por la Iglesia en esos años. En este tipo de casos siempre existen posturas que justifican o no ciertas acciones. Es por eso que resulta relevante para la reflexión preguntarse ¿Cuál debiese ser el rol de la Iglesia cuando existen situaciones comprobadas de vulneración de Derechos Humanos, independiente de quien es la víctima y el victimario?

En los casos señalados, las situaciones de los países eran de intensa polarización y donde las posturas políticas en disputa eran irreconciliables. Son proceso, además, donde la lucha por lograr la hegemonía del control del Estado por parte de los grupos políticos en disputa estaba rodeada por las definiciones acerca de temas controversiales como, la justicia social, la igualdad, la propiedad, la violencia, entre otros. A pesar de que la Iglesia latinoamericana venía desde hace algunos años reflexionando en torno a su opción y prioridad pastoral por los pobres, en muchos casos eso se veía contrariado por las posturas radicales de izquierda que abogaban por un marxismo ateo y de declaraban en contra de las iglesias y religiones.

Con este convulsionado ambiente, es relevante señalar que al interior de la Iglesia las definiciones acerca de estos temas –incluso antes de los golpes militares- fueron divergentes. En algunos casos, líderes eclesiales se relacionaron con grupos de izquierda y se configuró una nueva corriente política nutrida por las ideas de la teología de la liberación, que se declaraba de izquierda y cristiana. Esta postura intentaba hacer frente a la crítica de la izquierda marxista acerca del cristianismo, y proponían que no exista contradicción entre las reflexiones de Marx en torno a los trabajadores y lo que proponía la doctrina católica. En otros casos, sectores de la Iglesia, movidos por el miedo de que las ideas de la URSS y de los países comunistas llegaran a gobernar, se unieron a sectores de derecha nacionalistas, lo que promulgaban el catolicismo como respuesta al ateísmo marxista. Era casi una cruzada por impedir que el marxismo y sus ideas anticlericales crecieran y se apoderaran de los Estados nacionales latinoamericanos.

En este contexto, la Iglesia se debe a los posteriores golpes de Estado propiciados por las élites conservadoras y nacionalistas de los países del cono sur. La situación es compleja pues –tal como se mencionó en párrafos anteriores- existían sectores de la Iglesia ya relacionados con esas mismas élites cívico-militares que planificaron y ejecutaron los golpes de Estado. En este caso la pregunta que es importante hacer es: a pesar de que existen diferentes posturas políticas al interior de la Iglesia, y que estas influyeron en el espacio público antes del golpe ¿Cuál debiese ser la opción ética unificada frente a los hechos de terrorismo de Estado de las dictaduras?

En este caso, y mirando los hechos desde una perspectiva ética, las Iglesias chilena y argentina, debiesen haber tenido una postura única, unificada y transversal en la defensa y promoción de los Derechos Humanos. No es posible que por la mantención de posiciones de poder, gran parte de la Iglesia argentina se haya omitido en situaciones donde era evidente la matanza y tortura indiscriminada de personas. La Iglesia y sus miembros tienen todo el derecho a mantener posiciones de simpatía o no con sectores políticos, pero si esos sectores están en contra del mensaje de Cristo ¿Es posible seguir construyendo lazos de confianza con ellos? En el caso de la Iglesia chilena, a pesar de sus posturas iniciales, me parece que logró hacer el discernimiento ético adecuado, lo que la llevó a contar con una amplia aprobación de la sociedad.

A manera de conclusión, es relevante señalar que en primer lugar, se logró evidenciar -a través de las lecturas- que para todos los autores consultados la Iglesia es una institución política, que influye en la sociedad a través de sus herramientas de poder. En segundo lugar, que al interior de la Iglesia existen posturas que se ven contrariadas en procesos de disyuntivas éticas. En tercer lugar, que las posturas de las Iglesias chilena y argentina fueron distintas en sus posiciones con respecto a la defensa de los Derechos Humanos. Y por último, que para quien escribe, la Iglesia debió, debe y deberá, mantener en este tema una postura única de defensa de los Derechos Humanos. Esto, a pesar de que la violencia sea de parte de un gobierno marxista o de uno nacionalista de ultraderecha. El mensaje de Cristo fue claro “ama a tu prójimo como a ti mismo”, independiente de si el prójimo es peronista o socialista.

Referencias Bibliografía

- Costadoat, J. S. (2001). Cristo para el cuarto Milenio. Santiago, Chile: San Pablo.
- Esquivel, J. (2000). Iglesia Católica, política y sociedad: un estudio de las relaciones entre la elite eclesiástica argentina, el Estado y la sociedad en perspectiva histórica. CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.
- Gaete, I. (2013). Capitalismo, marxismo y derechos humanos: el discurso político de la Iglesia Católica en Chile, 1970-1980. Programa de Historia de las Ideas Políticas en Chile.
- Mignone, E. F. (1986). Iglesia y dictadura La experiencia argentina . NUEVA SOCIEDAD, 121-128.
- Paramio, L. (1991). El final de un ciclo y la crisis de los actores: América Latina ante la década de los 90. Revista de Estudios Políticos (Nuevo Época).
- Poulat, E. (1997). Eglise contre bourgeoisie. Introduction au devenir du catholicisme . Paris: Casterman.
- Strassner, V. (2006). La Iglesia chilena desde 1973 a 1993: De buenos samaritanos, antiguos contrahentes y nuevos aliados. Un análisis politológico. Teología y Vida, 74-94.